

Editorial

Soliloquios de la tercera edad

Manuel Quijano

*Si cierras la puerta a todos los errores
dejarás fuera la verdad*

Rabindranath Tagore

Como cada año, hace pocos días, el sábado más cercano al 23 de octubre, celebramos los de la Generación 1937-1943 la Reunión Anual en el Palacio de la Medicina, nuestra querida Escuela de Santo Domingo, en que Joel Velasco, constante y tenaz, pasa lista de los pocos sobrevivientes, se hacen comentarios en voz alta no exentos de humor, y se cumple con un reconocimiento (a la antigua) a las compañeras médicas que soportaron nuestras chanzas de dudoso gusto y el machismo de algunos profesores que querían preservar la profesión para el sexo masculino. Después nos transportamos a algún buen restaurante con servicio de buffet y charlamos en grupos cambiantes, de memoria lejana todavía indemne, para saber de la forma en que cada uno emplea su tiempo e informarnos de los que, por alguna razón, no acuden y mandan un saludo.

A mí, sentimental incorregible, me da por pergeñar unos renglones, más en honor de mis compañeros, algunos de ellos más o menos incapacitados, que para resucitar recuerdos, y congratular a los que mantienen cierta actividad, pues confío que eso ayude a sobrevivir. Mis escritos pueden ser un poco anticuados, artificiales quizá, pero nunca (conscientemente) falsos; procuran no caer en la insipidez y desean guardar una discreción, no muy usual ahora.

En la adolescencia nos solicitan todas las posibilidades al mismo tiempo y el único pesar es que tenemos que elegir. Más adelante, cuando la vida nos ha revelado lo esencial y despojado de todo lo que no sea nosotros mismos, es cuando empezamos a saber; cuando el placer, el dolor y la vanidad han encontrado respuestas...y, ya en la edad adulta, nos cansamos de nosotros mismos, nos queremos sentir más cerca de algo espiritual (descubierto o inventado) y de la propia realidad. Pero creo que hay algo nuevo que aparece en la vejez: ya no confundimos el infinito con el vacío.

Los viajes (de los que siempre gusté y afortunadamente me tocó una buena ración) sirven para estimular el monólogo interior y conocernos a nosotros mismos un poco mejor. Pero el tiempo es corto y el intervalo en que aprendemos a aprovechar la vida más corto aún.. Y luego llega fatalmente el momento en que nos cansamos de viajar y hasta de leer y comen-

zamos a desprendernos de lo que conocemos y poseímos (términos sinónimos en la Biblia), para quedar indiferentes ante lo que nos apasionaba.. Es importante retrasar ese instante.

¿Por qué? Porque tal vez haya otro futuro –aunque corto– que debemos proteger y preservar: se trata de recoger las fuerzas del pasado que tenían la belleza de la indolenzia, del realismo no pintoresco, melancólico eso sí, con la monotonía lenta de la propia vida a pesar de su enorme complejidad. Ese futuro nos deparará quizá unos años más de caminar por senderos tibios e iluminados, observar atardeceres dorados o inspiradores arco iris. Ese futuro, aún en cierres, se basa en “las fuerzas vivas” del pasado, y hay que aprender a dirigirlo por la dirección adecuada. Se podrá todavía gozar de la música tranquila de Mozart, sus reinas del día con sus hadas y sus reinas de la noche que entonan arias deliciosas, o de las creaciones combativas de Beethoven, para sentirnos, durante un momento Coriolano o Egmont; y hay que disfrutar también de nietos simpáticos o más bien simpatizantes con abuelos ya no ágiles, pero tolerantes, comprensivos y complacientes.

Pero...me siento indeciso y contradictorio. Reniego ahora del *Temps retrouvé* de Proust que quiere resucitar el pasado y aspira a una apacible contemplación de las cosas, de las imágenes, sensaciones y recuerdos vividos, pero sin angustia, como perdonando todo. Prefiero ver a mi alrededor con precisión y valor. Se acerca la muerte pero se me ocurre creer que ella es sólo amnesia. Y somos todos amnésicos por naturaleza, tristes, concentrados y, de acuerdo a Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*), únicamente gritamos, eso sí desafiadamente, en la fiesta y con ayuda del alcohol.

Los de mi generación tuvimos el privilegio de una “infancia rural” aunque hayamos vivido en la ciudad, pues México, como San Luis Potosí, eran provincianas y “lópez-velardianas”, sin lámparas neón, ni altavoces que aturden, ni música de rock que lastima los tímpanos y ensordece. La poesía –que descubrimos todos como es habitual en la adolescencia– se guardó en secreto y la verdad es que consistía más en una rebelión contra lo evidente, contra la razón, en pensar a contracorriente, pero eso sí, distinguiendo entre la sinceridad y la verdad, y respetando a ambas.

La lógica es el arma de la razón y nos da una imagen de la vida, no absurda (como nos enseñaron los existencialistas) sino en el estilo de los filósofos hindúes, como nos enseñó

Rabindranath Tagore (que también fue nuestro Maestro): un juego que sin razones ni objetivos nos manipula con fines desconocidos, pero provistos o contagiados, en alguna forma, de algo de la divinidad. Y si queremos recordar todo, aceptemos que también hicimos alarde, en su momento, de una especie de exigencia de apostasía. Ni resignación ni conquista esforzada, pues sabíamos que nuestra excesiva conciencia nos falseaba la primera impresión. Pero supimos apreciar asimismo las cosas sencillas que poseen el mágico encanto de los cuadros de Vermeer.

Se llegó el momento en que apareció el estudiante de medicina: constatamos que había males muy cercanos e insistentes que amenazaban con la muerte, y que la vida, fisiología pura, es simplemente reacciones bioquímicas. Los años de ejercicio profesional dejaron recuerdos numerosísimos, en su gran mayoría placenteros y hasta vivencias, gestos, maneras y apariencia que nos identifica y nos identificará mientras persistamos deslizándonos por la corteza terrestre, ya que la ejercemos con lealtad.

Pero la medicina, aquella que para el practicante tenía una gran belleza, cambió tan radicalmente que hoy apenas la medio entendemos, y eso que llaman la citogenética se halla tan alejada de nuestra conciencia y de nuestros sentidos, que nos hace casi dudar de la verdad, pues ahora resulta que hallan en la célula viva estructuras que aparecen desde el reino mineral y que las formas cristalográficas se parecen mucho a las musculares y esqueléticas de los moluscos y los crustáceos. Ya no hay el abismo que antes separaba la materia inerte de la materia viva. Debo confesar, sin embargo, que desde hace lo menos diez años, a menudo me viene a la mente el deseo de volver a los 18 años, no como Fausto que, privado de los gores de la juventud, quiere encontrarlos, sino para volver a inscribirme e iniciar mi antiguo forcejeo con la anatomía, ahora con la biología molecular, la inmunología, la genética y todo eso que hoy me parece incomprensible a la vez que me fascina.

Vencer al tiempo es imposible, a menos que lo engañemos dándole un sentido demasiado elemental y que pretendamos entender tanto el infinito como el vértigo que, ocasionalmente, hemos conocido: hay que ser leal también con nuestras percepciones internas. Hemos trabajado en el nivel adecuado, en el del conocimiento de la persona, sin llegar más allá de los límites del ego. Con nosotros mismos, en cierto momento, nos hemos permitido experiencias fuera del “tiempo”, en el colmo del atrevimiento, en la zona espiritual. El ejemplo más común de esto, común a todos los humanos es el Amor y en esto no hay la menor queja. Sin embargo, la palabra amor tiene muy variadas implicaciones; desde “madre” hasta Marqués de Sade, y abarca desde sentimientos como los del patriota, dispuesto a ofrecer la vida por una bandera, hasta los de Otelo que estrangula fríamente a Desdémona. Fuera de esas ocasiones, la vida ha transcurrido en una plani-

cie acogedora y hospitalaria: nos ha dejado casi ver qué es eso de los vértigos, como los del alpinista o del paracaidista y nos ha obligado a ser, en otros momentos, una suerte de Casandra que profetiza pero a quien nadie hace caso.

Los alquimistas medioeales interesados en la transmutación, empezaban su trabajo por separar y disolver la sustancia principal, un metal precioso; pero en realidad buscaban la piedra filosofal, símbolo o herramienta para la transformación que ocurría, en forma semejante, en la materia viva, y en la persona humana, precisamente en el tránsito de la niñez a la juventud y a la tercera edad. Y hablaban asimismo del azar y la necesidad, (título de un libro que comenté alguna vez aquí, nada menos que de Jacques Monod, premio Nobel) pues ese tránsito para llegar hasta nuestra edad actual es, si no un milagro, sí definitivamente un azar estadístico, bastante aproximado a una necesidad.

Corrían los años setenta y, como consecuencia de la libertad de la década anterior en que la pildora propició un auge de la sexualidad y se iniciaron las manifestaciones públicas, vociferantes y agresivas, los psicoanalistas, muy morales y sermoneadores, reprochaban a la sociedad su persecución artificial de la felicidad e intentaron restarle reputación. La dignidad estaba más en “la angustia”; ahí se encuentran las profundidades del pensamiento y se olvida la necesidad y superficialidad del estilo de vida predominante entonces. Se había perdido el temor a los dioses y sólo quedaba el temor a la muerte como generadora de pensamientos profundos.

Pero algunos recuperamos las enseñanzas de Raoul Fournier, maestro del epicureísmo práctico, adicto y prosélito del filósofo que parecía acordarse fácilmente con la modernidad. Sus enseñanzas predicaban la búsqueda de la virtud (puesto que era griego), pero eso no implicaba la castidad ni el renunciamiento; no había conflicto entre el deber y la felicidad. El hombre “sabio” busca la armonía, pero en esta vida, no en otra, y el bien soberano es susceptible de ser alcanzado, a condición de saber trazar la frontera entre los placeres naturales y necesarios, los naturales y no necesarios y los no naturales y no necesarios. Fournier y los epicúreos modernos, al menos, no tenían miedo de pronunciar la palabra placer, y su arte era el de saber fragmentar los deseos y realizaciones, en la forma como lo hizo Epicuro en el Siglo II A. de C, y luego en Roma y en los Siglos XVII y XVIII con Molière, y los enciclopedistas.

La prescripción final sería aprender a reconocer los bienes y variarlos, y reconocer asimismo la fuente de los males y evitarlos; males como la ambición, la sed de honores y gloria, la falta de generosidad y el ansia de poder... prescripción que sería muy útil ahora, en México, para la clase política.

Y puesto que estamos en los comienzos de un año, sólo resta desear fervientemente a los lectores que continúen gozando de cabal salud, éxito en el trabajo y felicidad en el hogar.